CUENTO

Rosa Eugenia Guzmán*

Lista de encargos

Ilustración de Mauricio Watson.

Se estacionó automáticamente y se aseguró de llevar la lista. Detrás de las vidrieras de la tienda de autoservicios, cerrada aún, pudo ver a los empleados que displiscentemente se uniformaban, repitiendo gestos mudos.

El policía retiró la cadena y Angelita se vio en el espejo retrovisor del Volkswagen. Los enormes ojos le brillaban. Con ese peinado a la Lucía Méndez se sentía guapa y juvenil, y si no fuera porque la nariz se le ensanchaba en la base y por la forma redonda de su cara, seguro que la confundirían con ella. Con paso de actriz, entró en la tienda que olía a pinol.

Releyó la lista de encargos que le había hecho Manuel y las gemelas, Anita y Clara. ¿Le alcanzaría el dinero? Seguro que no. La vida subía desbalanceada, loca; últimamente todo estaba así. Escogió el carrito con las ruedas menos chuecas y, al ver de pasada los precios reetiquetados, se supo vencida.

Pasó de largo por el departamento de bebés. Recordó cuando todo en su vida era compartir con las niñas la aventura de descubrir sus manos regordetas frente a sus ojos. la casa entera coreaba, "Aserrín, aserrán, los maderos de San Juan..." y "Tengo manita, no tengo manita...".

Colocó en el carrito dos paquetes de frijol bayo y uno de alubias. Tendría que agregar a la lista, ya enorme de por sí, una lata de puré de tomate y algunos recortes de salchichonería. Embebida en su tarea, perdió su caminar garboso de modelo de tele.

De repente, de la nada emergió una demostradora del nuevo champú Vanart, el que "hará lucir su cabellera como la de una niña de once años". La vendedora hablaba con tono de marisabidilla. Angelita tomó el frasco que le ofrecía la mujer y huyó lejos.

Frente al departamento de latas, había un reloj. Marcaba las nueve y minuto. Se preguntó por qué respiraba con tanto esfuerzo, como si tuviera horas de estar caminando, si llevaba apenas tan poco tiempo en la tienda. Tomó dos latas de sopa de verduras, pero las regresó enseguida. Como decía Manuel: "Prefiero fideos a comer porquerías enlatadas. Para eso me casé, ¿no?". Angela bostezó, intentó alejar los recuerdos de esa época de exigencias conocida como la "luna de miel". Días interminables en que Manuel le gritaba por cualquier cosa mientras ella se esforzaba por complacerlo cada vez más.

Caminó distraída. Se sentía extraviada entre los pasillos, acosada por los cientos de productos de colores vistosos. Tuvo un escalofrío en la espalda, sus movimientos empezaron a hacerse torpes, respiró con dificultad. Seguramente la ventilación no funcionaba.

Mientras esperaba en la salchichonería descubrió un enorme barril lle-

*Mexicana, integrante del taller literario de Elena Poniatowska. Ha publicado en *Libreta Universitaria, El Cuento* y otras revistas.

no de aceitunas gorditas, lustrosas. Sonrió triste al pensar en el destino de esas frutas bíblicas, engullidas y escupidas casi al mismo tiempo. Tuvo la intención de meter el brazo en el barril, moverlo dentro de la salmuera para ver cómo chocaban y se atropellaban esas frutas incapaces de abrazarse. El reloj, detrás de una película humeante, marcaba todavía las diez y uno. Angelita pensó que debía pedir una cita con el oftalmólogo.

La música sonaba sin cesar. Armando Manzanero comenzó a cantar *Somos novios* y ella evocó el tiempo en que lo más importante era saborear los besos de un Manuel caballeroso y risueño. Vio proyectada en las paredes blancas a una novia enredada entre azahares y tules tupidos, apretó los ojos al pensar en el momento en que manuel le tendió la mano y la condujo al altar.

Ahora, en todo el super soñaba *My way*. A su lado, señoras con tubos y niños paliduchos se movían como islotes. Sintió naúseas y giró rumbo a las cajas. Mientras avanzaba respiró profundamente por aquel hombre enamorado, tierno, apasionado, ingenioso y culto que no fue su amante porque no lo conoció nunca.

Sintió como si alguien le hubiera metido una zancadilla y caminó en sentido contario por los pasillos que acababa de recorrer. Volvió a encontrarse con el champú y con las sopas enlatadas, una y otra vez. El reloj, imperturbable, marcaba las diez y uno. La tienda le parecía un laberinto de cosas estúpidas.

Angelita sudaba recargada en el carrito, mientras esperaba silenciosa su turno. Sentía que l levaba mucho tiempo con la boca sellada, con las frases y las evocaciones atoradas en la garganta, evocaciones que giraban siempre alrededor de otros, de necesidades y de gustos ajenos. cada cosa que depositaba sobre el mostrador de la caja la precipitaba hacia un cansancio distante, viejo, aburrido.

Intentó seguir las cuentas, pero los números se le resolvieron en la cabeza y en el estómago. Una nata gruesa, aislante, una niebla extraña la separó aún más de quienes la rodeaban.

Angelita intentó soñar con la otra, la que no tenía que usar líneas correctoras, a la que no le temblaba la papada. Quería soñar todo, menos a esa mujer artificial y sobreactuada que se perdía en un supermercado leyendo una interminable lista de encargos. Quería soñar que Manuel sonreía y le daba la mano, que sus hijas le ayudaban con los bultos, que lucía aquel vestido que hacía resaltar sus pechos y disminuía su cintura. Soñar que su amante la poseía en la playa.

El espejo convexo que vigilaba en lo alto del estante le proyectó a Angelita la imagen de una vieja con las comisuras caídas, la mirada de color indefinida, los mechones de un pelo grifo mal arreglado que enmarcaba a una frente surcada por las arrugas, el reflejo de alguien que se había perdido en el laberinto demoníaco de una trampa, de una figura de pasos cortos, descoordinados, que salía de una tienda de autoservicios

Y ahora cada mes...

Artes/Letras/Ciencias humanas

DIALOGOS 121

enero 1985

Revista **mensual** publicada por El Colegio de México

Director: Ramón Xirau

Director adjunto: Jaime del Palacio

Contenido

Palabras por la democracia por *Rafael Segovia*
Una pequeña lección de historia por *Milan Kundera*
Algunas consideraciones sobre la deuda externa de América Latina por *Leopoldo Solís*
La otra historia de Kadiya por *Alberto Ruy Sánchez*

Poesía de *Osip Mandelstam, Jaroslav Seifert, Verónica Volkow* y *Francisco Serrano*
Lecturas: *Carlos Arriola*, Sobre **La guerra del fin del mundo** de *Mario Vargas Llosa*
Luis Alberto Sánchez, **Owen, el malabarista** y **Siluetas latinoamericanas**
Comentario: *Tomás Calvillo*, **Los Sijs, Indira Gandhi** y **la India**
Lorenzo Meyer, **Las elecciones al norte del Bravo,**

Ilustraciones de Héctor Javier

De venta en: librerías, puestos de periódicos y Sanborns

Precio: 180 pesos